

La asimilación cultural como destino: el análisis de las relaciones étnicas de R. Park

Eduardo Terrén

“Lo que llamamos el problema de la raza es un incidente en el proceso de asimilación y evidencia de su fracaso”

(1917/1950:232)

INTRODUCCIÓN

La contribución de la escuela de Chicago a la sociología de las relaciones étnicas no ha sido suficientemente destacada en las revisiones de este campo de investigación (Lal, 1994:280). Probablemente existe una doble razón para ello. Por un lado, la sociología de Chicago ha sido frecuentemente reducida a la corriente teórico-metodológica del interaccionismo simbólico, representado fundamentalmente por la figura de Herbert Blumer, dejando muy en segundo plano otras dimensiones del programa de investigación original, especialmente las más relacionadas con los supuestos teóricos de su núcleo. Por otro lado, muchos de los enfoques críticos recibidos por el planteamiento de Blumer, en su mayoría provinientes de sociologías de carácter más estructuralista, han tendido a separar en exceso sus reflexiones teóricas de los campos de aplicación trabajados por Blumer, entre los que las relaciones étnicas no ocupa precisamente un lugar desdeñable.

Los escasos trabajos que se esfuerzan por poner de relieve la significación de la sociología de Chicago en la elaboración de una teoría de las relaciones étnicas o raciales han tendido a subsanar este segundo déficit interpretativo, pero no el primero (Lal, 1994). La interpretación de la obra de R. Park en la que se basa este trabajo pretende contribuir a la revalorización de la sociología de la Escuela de Chicago sin limitarse, aunque sin por ello negar importancia, a la línea de investigación del “culture-building” y la conciencia racial. Como se muestra en la primera parte del trabajo, esta

problemática es indudablemente interesante, tanto para comprender el giro analítico que supuso la sociología de Chicago en la historia del análisis de la cuestión racial como para entender los fundamentos de gran parte de los estudios de tipo etnográfico que pueblan una sociología de las relaciones étnicas, convertida hoy día prácticamente en una subdisciplina de la sociología de la cultura. Pero esta estela no agota la tónica de las cuestiones planteadas en la comunidad sociológica de Chicago, por lo menos por lo que a Park respecta. Aunque, como veremos, la Escuela de Chicago fue tremendamente insistente en la necesidad de reforzar la sociología empírica, constituye un error hermeneúico deslindar su trabajo de campo del núcleo de reflexión teórica que se desarrolló paralelamente a él, y que aquí abordaremos en la segunda parte de este estudio. Dentro de este núcleo, que fluye en buena parte a partir de la teorización de la naturaleza de las relaciones étnicas, el problema central es el del destino de dichas relaciones en el marco global de la sociedad moderna. El “problema sociológico” -como le gustaba decir a Park- es aquí: ¿siguen algún patrón recurrente las relaciones étnicas? ¿Evolucionan con algún sentido? ¿Puede establecerse alguna secuencia de situaciones que permita predecir con cierta plausibilidad contextos de agudización o pacificación del conflicto?

Este trabajo es, pues, un estudio de la forma en que Park se planteó y respondió a estas preguntas en un contexto de intenso cambio social marcado en gran medida por el conflicto entre poblaciones con diferentes adscripciones étnicas. Lo que nuestro tiempo tiene en común con el suyo es lo que hace pertinente que la sociología se siga haciendo este tipo de preguntas. Para ello lo primero es enmarcarlas en una descripción general del programa de investigación característico de la comunidad científica que se dió en denominar “Escuela de Chicago”¹, un programa innovador, entre otras

¹. “Programa de investigación” es una forma más rica de entender lo que pueda significar la práctica real de una “escuela” científica. Debe señalarse, además, que esta última categoría no formaba parte del lenguaje de los sociólogos de Chicago (Shonie, 1983:408). Para su uso como herramienta de la historia de la sociología Tiryakian (1979) destaca algunos aspectos, como el hecho de ser corrientes de investigación articuladas sobre un conjunto de ideas y disposiciones elaboradas por una o varias figuras centrales y el que estas ideas y tendencias posean un carácter innovador respecto a la ciencia dominante en el momento. La categoría de “programa de investigación” (Lakatos, 1983), aun siendo afín a esta definición, es menos personalista y hace más hincapié en la dimensión metodológica de la práctica científica. Permite, por ejemplo, distinguir entre un núcleo teórico rodeado de hipótesis auxiliares (algo así como el “programa metafísico de investigación” de Popper) y unas reglas que guían el trabajo empírico sobre los problemas definidos por dicho núcleo (que en nuestro caso sería la conceptualización de la naturaleza de las relaciones raciales).

cosas, por el carácter colectivo de su esfuerzo de comprensión de la realidad social. Robert Park ocupó un lugar central en la constitución de esta comunidad, en la elaboración de su núcleo teórico y en el desarrollo de su peculiar clima de intercambio intelectual. Procederemos al repaso de esta constitución de la mano de un elemental esquema de contextualización concéntrica que nos permita trazar en primer lugar los grandes rasgos del entorno sociohistórico del Chicago de comienzos de siglo, para luego esbozar sobre él el marco institucional en el que se desarrolló esta comunidad sociológica y los principales productos de su investigación. Huelga casi decir que, dadas las limitaciones de este trabajo, en cada una de estas dimensiones citadas nuestra descripción tiende a centrarse en los aspectos que son más relevantes para el objeto que se persigue: el análisis de las relaciones étnicas.

1. CHICAGO: “UN PECULIAR APOGEO DE LA CIVILIZACIÓN”

Desde comienzos del siglo XX la Escuela de Chicago era uno de los principales centros de producción de pensamiento sociológico junto con el círculo de Weber en Heidelberg y el de Durkheim en París. Desde el punto de vista de la historia de la sociología, estas tres empresas integradas constituían una novedad en la historia de una práctica científica que hasta entonces había estado liderada por figuras que tendían a trabajar en solitario. Pero la intensidad de la comunicación científica de Chicago y su repercusión pública no tuvo parangón en Europa. Uno de los problemas centrales sobre cuyo estudio se aunó el esfuerzo científico colectivo de Chicago y sobre el que, desde luego, ganó gran parte de su dimensión pública fue el de la vida en un mismo espacio de poblaciones cuya historia, hábitos y tradiciones se habían forjado en espacios distintos. No en vano, Maurice Halbwachs escribiría en 1932 un estudio sobre la ciudad titulado “Chicago, experiencia étnica”.

El conflicto racial no fue el único fenómeno abordado por los sociólogos de Chicago, pero sí fue uno de los más representativos, tanto del estilo de su quehacer sociológico como del nuevo contexto urbano en que éste se desarrolló. En efecto. Sólo cinco décadas antes, Chicago era una pequeña ciudad del medio oeste americano que no llegaba a los 30.000 habitantes. Hacia final de siglo, sin embargo, su población había alcanzado el millón y medio, el 80% de los cuales eran inmigrantes o hijos de inmigrantes. Era ya entonces la segunda ciudad de los Estados Unidos, por detrás de New York. En 1930 había doblado con creces la población con la que comenzó el

siglo². Cuando la universidad fundó su departamento de sociología en 1892, por tanto, la ciudad de hallaba inmersa en un intenso proceso de crecimiento poblacional y cambio social que el Gran Incendio de 1871 contribuyó a resaltar porque todo el viejo centro, en su mayor parte consistente en edificaciones de madera hubo de ser reconstruido con una nueva arquitectura y una geometría que simbolizaba drásticamente el espíritu racionalista que Simmel consideraba propio de la mentalidad urbana³. La reconstrucción se superpuso a la ampliación y al establecimiento de un gran núcleo de comunicaciones que constituía tanto una puerta de salida hacia el oeste como una puerta de entrada para los inmigrantes, de las zonas rurales primero, y del extranjero después, a medida que fue aumentando la exigencia de mano de obra de la floreciente industria.

A comienzos de siglo, la mitad de la población de Chicago había nacido en el extranjero, lo que se traducía en un auténtico crisol de alemanes, escandinavos, irlandeses, italianos, polacos, judíos, checos y lituanos, y de negros (que entonces eran sólo el 2% pero que en 1930 llegarían al 7%). Era, pues, una ciudad crecida y reconocida, como se demostró en la organización de la Exposición Mundial de 1893; pero también atravesada por múltiples conflictos en los que la cuestión de la integración de poblaciones culturalmente diversas se entremezcló con los efectos de la aceleración industrial y urbanizadora.

Max y Marianne Weber visitaron la ciudad en 1904⁴. Su testimonio revela hasta que punto Chicago ofrecía una visión de las condiciones sociales

². Bulmer (1984:13, basado en cifras del censo presentadas por E. W. Burgess y Ch. Newcomb en 1931) y Philpot (1978:6-41).

³. "Aquí una ciudad inmensa trazada y construida en cincuenta años sobre un terreno plano y una tierra virgen -escribía Halbwichs en 1932; una creación artificial, voluntaria y casi brutal; todo sacrificado a la extensión, a la rapidez y a la comodidad de la circulación (...) aquí, un cuadro único y regular, y una población heterogénea que se esfuerza por plegarse a las reglas de una conformidad urbana despiadada" (Halbwachs 1932/1984: 325).

⁴. Los Weber se hallaban de camino hacia el Congreso de Artes y Ciencias de San Luis, a donde habían sido invitados por el influyente Albion Small, organizador de dicho evento, director del departamento de sociología de Chicago desde su fundación (1892) hasta su jubilación en 1924 y fundador de la ASS y el AJS. Este episodio muestra del liderazgo de esta universidad en la organización de la sociología norteamericana hasta los años treinta, pero también el talante abierto al pensamiento social alemán que Small impulsó en Chicago. Muchos de las principales figuras de la sociología de Chicago pasaron períodos de formación en Alemania, aunque lo que estudiaron no fue propiamente sociología, pues ésta no

de la modernidad mucho más descarnada que las otras metrópolis europeas en las que comenzaba a andar la sociología. Para el sociólogo alemán fue literalmente como la contemplación de un cuerpo despellejado en el que puede verse el funcionamiento de las tripas: “así es la vida moderna” -cuenta Marianne que les dijeron. La “enormidad indiferentemente devoradora de todo lo individual” se presentó a sus ojos como “un peculiar apogeo de la civilización”, como la “cristalización del espíritu americano” y de un flujo incesante de poblaciones mezcladas: “los griegos limpian botas a los yankees por cinco centavos, los alemanes son sus camareros, los irlandeses se ocupan de la política, los italianos se encargan de los trabajos más sucios...”. Era, en suma, un escenario de descarnado contraste y desigualdad: nuevos ricos, pobres desamparados, derroche de energía humana, atropellos baratos, suciedad absurda; un escenario en que contrastaba el agradable silencio de los barrios residenciales y griterío entre el humo y el vapor de las calles que transcurrían “entre bloques con letreros griegos, luego bares chinos, anuncios polacos, cervecerías alemanas...”, y el de los stock yards con sus huelgas perdidas y sus masas de italianos y negros como esquirolas (Weber, 1995: 442-447).

En este magma de conflictos afloró un ambiente intelectual característico que incorporó la investigación científica a la intervención social y produjo una síntesis innovadora de pragmatismo filosófico y reformismo político que se tradujo institucionalmente en la fundación de la universidad en 1890⁵. Este no fue un hecho excepcional, sino la prolongación de un ciclo de reorganización en la producción y gestión del saber que había comenzado con la fundación de John Hopkins (1876) y Clark (1889). Característico de esta tendencia eran el impulso inicial de un capitalismo filantrópico (en Chicago, el representado por John D. Rockefeller), la presencia de un protestantismo liberal fuertemente orientado hacia la intervención social y el esfuerzo por

tenía todavía estatuto como disciplina académica autónoma. El propio Small había estudiado en Berlín y Leipzig, y Thomas, uno de los primeros doctorandos del departamento lo hizo en Gotinga. G.H. Mead pasó también por Berlín y Leipzig y Park, por su parte, estudió en Berlín y Estrasburgo, ciudad esta última donde escribió buena parte de su tesis doctoral bajo la dirección de Windelband (Sánchez de la Yncera, López-Escobar, 1996).

⁵. No es de extrañar que en 1901 un catálogo de presentación de la propia Universidad describiera la ciudad como “uno de los laboratorios sociales más completos del mundo... [porque] ninguna presenta una variedad tan grande de problemas sociales (...). Las sociedades de beneficencia y las organizaciones religiosas proporcionan a los estudiantes de la ciudad una formación y un empleo” (Leclerc, 1979:68, cit. apud Grafmeyer y Joseph, 1984:7).

ofrecer una formación muy volcada hacia la investigación (Bulmer, 1984: 18-27; Rucker, 1969: cap. 1).

Este último aspecto fue crucial en la sociología de Chicago porque hizo que el trabajo reflexivo en su núcleo se alejara de la ciencia libresca y de gabinete de la sociología sistemática del XIX. El trabajo teórico de Park o Thomas contribuyó notablemente a concebir un nuevo estilo de esfuerzo teórico distinto del más abstracto y sistemático característico de la figuras de la sociología decimonónica. Paralelamente, los sociólogos de Chicago se esforzaron por dar mayor solidez y rigor conceptual a una investigación empírica que durante las décadas anteriores había estado demasiado limitado a la inmediatez del conocimiento de primera mano elaborado por el periodismo o el trabajo social, en la línea de la social survey iniciada en Gran Bretaña por Charles Booth⁶. Por su volumen, por sus aportaciones metodológicas y, sobre todo, por su innovadora combinación de datos empíricos y reflexiones teóricas, *El campesino polaco en Europa y América*, publicada por Thomas y Florian Znaniecki entre 1918 y 1920, puede considerarse, sin duda, como la investigación más representativa de este nuevo estilo de hacer sociología. Esa era, al menos, la opinión de Park.

Esta reorientación de la investigación sociológica, que corrió paralela a su institucionalización académica, fue directamente deudora del afán reformador de la burguesía liberal y religiosa que auspició el proyecto universitario. Park, por ejemplo, asistía semanalmente a una iglesia dirigida por un pastor, Edward Scribner Ames, que era, a su vez profesor de filosofía y defensor del pragmatismo. Entre sus muchas colaboraciones en actividades y programas de reforma, Park enseñaba en su escuela dominical, como hacían Mead y otros universitarios en proyectos similares. El auge de las ciencias sociales en el Chicago de los años veinte y, más concretamente, el estilo de su sociología deben entenderse sobre el trasfondo histórico de esta forma de estar en el mundo que ya había sido anticipada por la primera de las “escuelas” que florecieron en su universidad: la escuela de la filosofía pragmática liderada por John Dewey⁷.

⁶. Por lo que a la cuestión racial respecta, esta línea había tenido su producto estelar en el estudio del reconocido como primer sociólogo negro (W. E. B. du Bois) sobre *El negro de Philadelphia* (1899). Para una rápida descripción de este movimiento en los Estados Unidos v. Bulmer (1984: 65-68).

⁷. Fue precisamente Dewey quién llevó a Chicago a G. H. Mead, el padre teórico de la corriente metodológica de lo que más tarde se llamaría el interaccionismo simbólico. William James fue el primero en utilizar la categoría de “escuela” para describir la línea de pensamiento desarrollada por Dewey sus seguidores (“The

El pragmatismo, clave fundamental del espíritu intelectual de Chicago, no sólo marcó el estilo del quehacer de la naciente ciencia social, sino también sus supuestos antropológicos básicos. Su principal aportación en este sentido fue la visión del ser humano basada en la idea de la actividad consciente y el lugar central concedido a la comunicación en el estudio de esa actividad. La psicología social de Mead aportó a la teoría sociológica de Chicago un elemento central de esta visión al subrayar la importancia de la interacción social en la construcción de la conciencia de uno mismo. Esta perspectiva no fue muy influyente en casos como el de Albion Small, pero sí en otros de la primera hornada como W. I. Thomas y en los más tardíos, como el propio Park⁸, ligados todos ellos no sólo a Dewey, sino también a las enseñanzas de William James.

El “espíritu de Chicago” fue, pues, como vemos, el producto de un entorno urbano peculiar; pero, al mismo tiempo, produjo por sí mismo una nueva forma de entender la ciudad como escenario de la vida social moderna y horizonte de cosmopolitismo. Esta nueva perspectiva iba a ser fundamental para la forma en que los sociólogos de Chicago abordarían empíricamente el problema del contacto intercultural al tener siempre la comunidad urbana como unidad básica de análisis. La concepción ecológica de la ciudad permite considerarla una gran metáfora de la modernidad porque refiere tanto una estructura material como a un complejo cultural de ideas y tradiciones (Graffmeyer y Joseph, 1984:9). El propio Park fue muy claro en resaltar que la ciudad era algo más que una mera unidad espacial, “algo más que una mera constelación de instituciones y aparatos administrativos; [es] más bien, un estado mental, un cuerpo de costumbres y tradiciones, y de actitudes y sentimientos organizados que son inseparables de tales costumbres y que se transmiten con esa tradición (...) La ciudad está implicada en los procesos vitales de la gente que la compone⁹. En el fondo- y

Chicago School”, *Psychological Bulletin*, 1, 15.01.1904, apud Blumer, 1984:234). La importancia del pragmatismo en la orientación de los sociólogos de Chicago ha sido detalladamente analizada por Hans Joas (1998).

⁸. Parece existir, por ejemplo, un claro paralelismo entre la visión cíclica de las relaciones étnicas de Park, la teoría del proceso de organización social de Thomas (organización, desorganización, reorganización) y la forma en que Dewey describió el mecanismo de superación de la frustración de un impulso (y la desorganización consiguiente) a través de la intervención de la imaginación en pos de una nueva reorganización. Pero en la comunidad científica de Chicago, muy marcada por la tradición oral y el trabajo en seminarios, no siempre es fácil determinar quién influyó a quién.

⁹. (1916/1967: 1ss). Prueba de la novedad que esta perspectiva en el enfoque

esto es palmario en el análisis de la segregación- las distancias en el aspecto físico sólo adquieren plena significación sociológica si son puestas en relación con las distancias en el espacio simbólico de los sentimientos.

2. HACIA UN NUEVO ENFOQUE DE LA CUESTIÓN RACIAL.

Cuando, de la mano de Thomas, Park llegó a la Universidad de Chicago en 1923 contaba 49 años. Fue profesor a tiempo parcial hasta 1932 y con dedicación exclusiva hasta 1934. Park llegó a Chicago con una experiencia de diez años en el campo del periodismo tras haber estudiado con Dewey en Michigan, con James en Harvard y, como dijimos, con Windelband y Simmel en Alemania. Tanto antes de su dedicación exclusiva a la docencia como después, Park participó en muchas actividades y proyectos relacionados con la cuestión racial: colaboró con la Congo Reform Association, entidad que luchaba contra los genocidios y la explotación del continente africano a manos del colonialismo; fue secretario de Brooker T. Washington, líder del movimiento negro; organizó la Conferencia Internacional sobre el Negro, y supervisó investigaciones realizadas en el marco de la Chicago Commission on Race Relations, como la llevada a cabo por Charles Johnson¹⁰ con ayuda de muchos estudiantes de Park (El negro en Chicago, 1922).

La Comisión de Relaciones Raciales fue una respuesta institucional a los disturbios del “verano rojo” de 1919 (Tuttle, 1970), en los que murieron 38 personas (23 de ellos negros) y resultaron heridos 537 (342 de ellos negros). Existen testimonios de que Park fue siempre muy insistente en que la indudable orientación práctica de este tipo de estudios no debía dejarse arrastrar por lo dramático de los acontecimientos, las moralinas fáciles o la

sociológico de la ciudad (por otro lado muy dependiente en sus aspectos más culturalistas de la teoría de la mentalidad urbana de Simmel) es el hecho de que Park reivindicara para ella el tipo de observación que por entonces era típico del estudio antropológico de la vida social de las sociedades primitivas (Boas, Lowie) y recordó el tipo de conocimiento íntimo de la vida urbana propio de la literatura realista (Zola). El locus classicus de la visión de Park es su estudio “La ciudad” (que en la edición de Grafmeyer y Joseph, 1984, puede ser con otros igualmente significativos de esta perspectiva, como el de Louis Wirth acerca de “La ciudad como modo de vida”).

¹⁰. Johnson fue uno de los primeros sociólogos negros graduados en Chicago, una universidad más abierta que otras a la incorporación de negros (Jones, 1971), y responsable de la oficina de investigaciones de la Chicago Urban League presidida por Park.

urgencia del trabajo social; y debía permanecer fiel al escrutinio de los datos objetivos¹¹. Pero su impronta sobre el tipo de investigación realizada apuntaba más allá, pues entendía esta objetividad de forma distinta a como la había hecho el positivismo característico de la social survey tradicional. En lo que puede considerarse como una de las aportaciones más originales de Park al análisis sociológico de las relaciones étnicas, sus estudiantes dedicaron un espacio importante al estudio de las opiniones de blancos y negros (utilizando, entre otros, documentos personales de la forma en que lo habían hecho Thomas y Znaniecki) y de los mecanismos de producción de la opinión pública. Lo primero llevaba al campo de la objetividad científica las orientaciones subjetivas de los actores, aquello a lo que Park refiere en repetidas ocasiones al hablar lo que “hay tras los rostros” de los individuos. Lo segundo introdujo el análisis de contenido del discurso periodístico para mostrar el papel de la prensa como productora de antagonismo racial¹².

Esta perspectiva es significativa en la construcción teórica de la cuestión racial por parte de Park porque la importancia otorgada a los mecanismos de producción de la opinión responde al hecho de ver en ellos un factor de alteración del movimiento natural de los fenómenos sociales. Las opiniones esconden racionalizaciones que, por ejemplo, como ocurre en el caso del etiquetaje que es esencial a un sistema de castas, impiden o retrasan el que se produzca una mezcla de poblaciones diversas. En el caso de las modernas sociedades urbanas, por poner otro ejemplo, sociedades basadas fundamentalmente en lo que Park llamaba relaciones secundarias, el uso público de la investigación social puede constituir una nueva forma de control social porque puede ser utilizada para modelar la opinión pública y, por tanto, influir en el curso de las interacciones (Park, 1916/1967: 38).

Guiado por la impronta del pragmatismo meadiano y la teoría de las formas de interacción social de Simmel, Park contribuyó a producir un giro decisivo en el análisis sociológico del conflicto racial. Hasta entonces, la sociología había estado presa de una teoría racial que se basaba en el estudio

¹¹. (Bulmer, 1984: 76). A comienzos de la década de los veinte los Servicios Sociales adquirieron entidad institucional en la universidad de Chicago con la creación de un nuevo departamento para ellos. Raushenbush (1979: 97) recoge el testimonio de un estudiante que pone en boca de Park la afirmación de que los males mayores de Chicago no se debían a la corrupción política o la criminalidad, sino a las mujeres reformadoras.

¹². La investigación hizo uso además de otras técnicas más tradicionales como la entrevista y de datos censales, pero (según Bulmer, 1984: 78) no siempre con solvencia.

de los rasgos específicos de los diferentes grupos humanos. Cuando no ya directamente racista, como en los casos de Henry Hughes, George Fitzhugh o Howard W. Odum¹³, la sociología sí había sido tradicionalmente racial en la medida en que había hecho de la “raza” una variable explicativa que confundía lo social y lo biológico.

Este pensamiento racial se había elaborado a lo largo del siglo XIX paralelamente a los estudios que basándose en mediciones de características físicas aspiraban a construir clasificaciones de la diversidad humana. Las explicaciones raciales del peligro de la decadencia y del contagio intercultural fueron difundidas por autores como Madison Grant o Lothrop Stoddard, muy populares en los años en que los sociólogos de Chicago comenzaron su trabajo. Muchos de los autores de referencia eran europeos, como Gumplovitz o Gobineau, pero en los Estados Unidos la teoría racial había tenido tradicionalmente como referencia a la población negra. La escuela de Chicago heredó la prominencia de la “línea de color”, pero convivió también con las tensiones generadas por las oleadas de inmigrantes europeos y las respuestas científicas desarrolladas en los estudios comparativos de inteligencia o en los programas eugenésicos. En términos generales, el objetivo básico de esta forma de enfocar la cuestión racial era encontrar una escala de diversidad que pudiera explicar la superioridad o inferioridad de las diferentes formas de vida humana, la imposibilidad de la convivencia en términos de igualdad o los riesgos de la degeneración. La idea central era que “el conocimiento de las razas aporta la clave de las diferencias morales, culturales y sociales, así como el instrumento para comprender las fuentes de la decadencia” (Wieviorka, 1992:33)¹⁴.

El programa de investigación de la escuela de Chicago arrinconó a la raza como variable explicativa y se centró en el estudio de las relaciones que se producen entre miembros de los diferentes grupos sociales¹⁵. La propia

¹³. El Tratado de Sociología de Hughes y la Sociología para el Sur de Fitzhugh, ambos de 1854, fueron los primeros manuales americanos de sociología presentaban justificaciones del sistema esclavista. Por su parte, el estudio de Odum sobre Los rasgos mentales y sociales del negro (1910) puede considerarse como ejemplar notorio de una tendencia generalizada a principios de siglo que veía en el temperamento racial de los negros la razón de su imposible asimilación y de su situación de inferioridad.

¹⁴. Historias detalladas de este pensamiento racial pueden encontrarse en Herman (1997), Jay Gould (1987), Banton (1987) o el clásico Montagu (1997).

¹⁵. No obstante el término “raza” se siguió (y se sigue) utilizando. Cuando ya Boas había lanzado uno de los más tempranos y certeros ataques contra el uso científico del término, Park recordó que no tenía sentido alguno hablar de razas puras. Park se

definición ofrecida por Park de aquello en lo que consistía una relación racial permite calibrar el importante giro interpretativo en el enfoque de la cuestión. Las ideas de la definición de situación, interacción y conciencia, ideas clave en la orientación empírica de los sociólogos de la Escuela de Chicago, sustentan la consideración de las relaciones raciales como “relaciones que se producen entre gentes diferenciadas por marcas de descendencia racial, especialmente cuanto estas diferencias raciales se introducen en la conciencia de los individuos y los grupos así identificados y, al hacerlo, determinan la concepción que el individuo tiene de sí mismo y de su estatus en la comunidad (...)La conciencia racial, por tanto, debe ser considerada como un fenómeno que, al igual que la conciencia de clase o de casta, refuerza las distancias sociales. En este sentido, *las relaciones raciales no son tanto relaciones existentes entre individuos de diferentes razas cuanto relaciones entre individuos conscientes de estas diferencias* “ (Park, 1939/1950: 81; subrayado E.T.).

Diversos autores (Wieviorka, 1992; Ladner, 1973) han señalado la ambigüedad de una definición que, como la referida, conjuga elementos objetivos y subjetivos, una ambigüedad que es igualmente perceptible en otros momentos de la obra de Park cuando, por ejemplo, aborda la cuestión de la transmisión biológica de supuestos temperamentos característicos de los grupos étnicos. Pero, al margen de estas inconsistencias en la formulación, de lo que no cabe duda es de que, desde el punto de vista de la dirección del análisis sociológico, el interés central del enfoque de Park radica en reducir la raza a un elemento simbólico de la interacción. Como tal, la diferencia racial no es algo que pueda definirse a priori, sino que sólo adquiere significación sociológica cuando es puesta en relación con una determinada situación y con la definición que los sujetos hacen de ella y de sí mismos. El estudio sociológico de las relaciones étnicas -según Park (1924/1950)- no es el análisis de un determinado hecho, sino de la experiencia que los sujetos tienen de ese hecho: “el sociólogo no está en principio preocupado con el acontecimiento mismo (...) [sino] con las actitudes de las personas implicadas tal y como éstas se reflejan en sus muy diversas versiones de un mismo acontecimiento histórico.”

Este interés ha suministrado la tendencia básica del análisis de la cuestión racial más apegada a la teoría del interaccionismo simbólico. Dos de los más

refiere siempre a lo que se denomina “razas históricas”, esto es, “gentes que han adquirido rasgos raciales distintos y distintivos a lo largo de largos períodos de aislamiento y procreación continuada dentro del mismo grupo” (1937/1950: 189).

conocidos seguidores de Park, Everett C. Hughes y Herbert Blumer, han ofrecido estudios que así lo muestran y que han contribuido a desarrollar aspectos diferentes de la teoría sociológica de las relaciones étnicas, como el de su dimensión ecológica o el de la función social de los prejuicios. Hughes (1952/1981), por ejemplo, basó su investigación en una teoría del contacto que hacía de la “situación” y no de la raza la unidad básica de análisis. Por su parte, Herbert Blumer (1958) desarrolló la concepción parkiana del prejuicio como propiedad no de los individuos, sino de las relaciones entre grupos y la ha enmarcado en una teoría más general de la definición colectiva (Blumer y Duster, 1980).

No obstante, la actualidad de este enfoque tan atento a la dimensión psicosociológica del conflicto racial, a sus componentes subjetivos y al marco situacionista de su ecología no depende exclusivamente de la mayor o menor aceptación en la historia interna de la sociología de la investigación inspirada en el interaccionismo simbólico. De la mano de la antropología y más centrada en una teoría no primordialista de la identidad étnica se ha venido desarrollando desde los años 60 una línea de investigación que converge con el planteamiento de Park y refuerza su impronta interdisciplinar (Barth, 1969; Wallman, 1979; Jenkins, 1986, 1997). El nexo teórico que permite establecer tal convergencia es la teoría de las comunidades étnicas de Max Weber, contemporáneo cuya *verstehende Soziologie* consideraba Park un claro ejemplo del papel que Mead había otorgado a la comunicación en la constitución del actor social, pero del que apenas se encuentra referencia en su obra (Weber, 1979: 315-327; Park, 1938/1950).¹⁶

Así como Weber vió la clave del sentimiento de pertenencia que subyace a la conciencia étnica en el orgullo y el honor, Park tendió siempre a entender la conciencia racial como resultado de una interacción conflictiva. Hay conciencia racial donde hay relaciones raciales, y las relaciones sociales pueden definirse como raciales allí donde la interacción pone de manifiesto un problema racial. De todo ello se seguiría que en circunstancias de equilibrio estable la intensidad de la conciencia racial se debilitaría, y que difícilmente podría utilizarse el concepto de relación racial para caracterizar

¹⁶ El papel central de la comunicación en la teoría de la constitución del actor social fue claramente asumida y desarrollada por Mead (Sánchez de la Yncera, 1994), pero en Park aparece fundamentada más bien en Dewey, de quien toma la idea de la comunicación como proceso social típico. La ausencia de referencias sustanciales a Weber ha sido también observada por Morris Janowitz en su introducción a Park y Burgess, 1924/1970: xvii).

una situación de paz social como la de la organización birracial del sur escalarista norteamericano. Para solventar estas limitaciones Park terminó por incluir también bajo la categoría de relación racial “toda relación ordinaria existente entre miembros de grupos étnicos o genéticos diferentes que es capaz de provocar conflicto y conciencia étnicas o de determinar el estatus relativo de los grupos raciales que componen una comunidad (...) [incluyendo] aquellas que ahora no son conscientes o personales pero que lo fueron antes; relaciones fijadas y afirmadas por la costumbre, la convención y la rutina de un orden social esperado” (1939/50: 82,83).

3. DEL CONFLICTO RACIAL AL COSMOPOLITISMO: EL DESTINO DE LAS RELACIONES ÉTNICAS.

La evolución de las relaciones interétnicas depende precisamente de las condiciones en que se produzca la comunicación, factor que Park -como ya hemos señalado- siempre destacó como fundamental en la configuración de la vida social y de sus procesos de interacción. La comunicación es para Park lo esencial del proceso cultural, puesto que puede definirse como cultural todo aquello que es comunicable (Park, 1938/1950: 39). La interacción simbólica a través de los procesos culturales de comunicación produce consenso o, cuando menos, pautas de entendimiento que urden una red de expectativas y significados socialmente compartidos. Las condiciones de la comunicación se alteran cuando como consecuencia de las migraciones o las conquistas el equilibrio biótico de una población se altera y el orden social se sumerge en una nueva fase de redefinición. Esta visión del orden social como un proceso de constante autoproducción es una de las claves del núcleo de la teoría sociológica de la Escuela de Chicago. De ella se deriva que el control de este proceso fuera considerado como el problema sociológico fundamental (Park y Burgess, 1924/1970: 189) y que, consiguientemente, el control social fuera analizado a través de una serie de categorías procesuales, como las que constituyen las formas básicas de interacción.

Como toda relación social, las relaciones interétnicas pueden registrar diferentes formas y propiciar diferentes tipos de interacción. Aunque no siempre de forma sistemática, Park solía distinguir cuatro tipos de interacción que utilizó en su teoría del ciclo de las relaciones étnicas: competición, conflicto, adaptación y asimilación (Park y Burgess, 1924/1970). El ciclo se desarrolla de la siguiente forma. Cuando individuos de diferente adscripción étnica dan en vivir en el marco de una misma economía tienden a vivir en una relación más simbiótica que propiamente social, es decir, en una relación

que tiene más que ver con la contigüidad física que con la convivencia cultural. Se producen, así, situaciones de aislamiento moral fácilmente apreciables en inmigrantes recién llegados o en la exclusión de las poblaciones invadidas.

La coexistencia biótica que basta para las plantas no basta, sin embargo, para los seres humanos, que -por naturaleza- tienden a comunicarse. Así, -“y de forma inevitable” -, el curso natural de los acontecimientos hace que los individuos tiendan a romper esa situación de aislamiento: se explora, se comercia, se establecen complementariedades que propician una participación cada vez más plural en la vida social, participación que generalmente supone conflicto y situaciones de crisis¹⁷. La lucha no lo es sólo por hacerse un lugar en la economía local, sino también por encontrar “nicho” en el que disfrutar de una seguridad relativa que reconforte de la dureza de la competición. Es entonces cuando los implicados en ella se vuelven conscientes de la distancia social que les separa del grupo dominante y cuando “la aculturación se ve implicada y se hace parte de la lucha por el status”. Todo lo que les marca como extraños dificulta su lucha porque “el conflicto cultural (...) tiende a potenciar la autoconciencia de los miembros de ambos grupos”. Sin embargo, esta autoconciencia estimuladora puede contribuir a sacar a la luz sentimientos y actitudes que de otra forma podrían haber permanecido inconscientemente fuera de la discusión crítica y la interpretación: el conflicto cultural “aumenta inevitablemente nuestro conocimiento, no sólo de nosotros mismos, sino también de quienes nos rodean, pues actitudes y sentimientos que somos capaces de entender y apreciar cuando las encontramos en nosotros mismos, podemos entenderlas y apreciarlas en las mentes de los otros”¹⁸. Así, aunque nuevas formas de

¹⁷. Estrictamente hablando, la competición -que remite a un nivel puramente biótico de existencia- se trasforma en conflicto (y, en esa medida, se produce contacto *realmente* social) “solo cuando se hace consciente, [es decir] cuando los competidores se identifican recíprocamente como rivales o enemigos” (Park y Burgess, 1924/1970: 187).

¹⁸. (1938/1950: 49 ss). Park encuentra un caso emblemático de este proceso de aculturación en la asimilación de herencias culturalmente diversas que se producen en los matrimonios interraciales. De hecho, llegó a ver las relaciones étnicas también como aquellas que se producen entre gentes de diferentes razas que han dado en vivir juntas y que no se han unido a través del matrimonio interracial y la descendencia mixta lo suficiente como para formar una sola comunidad étnica. “Donde hay minorías raciales y culturales (judíos, negros, católicos o sectas religiosas) que no se casan entr sí, los conflictos habitualmente descritos como raciales -pero que son principalmente culturales- tienden siempre a incrementarse”. (1939/1950: 115).

comunicación puedan dar lugar a nuevas situaciones de contacto que en un primer momento puedan traducirse en nuevas formas de competición y conflicto, a largo plazo éstos no son más que el fermento en que se gestan nuevas formas de asociación. Este es un avance importante hacia lo que décadas más tarde cobró cuerpo en la teoría sociológica como la teoría de las funciones positivas del conflicto.

Las fuerzas que empujan hacia la interpretación de gentes muy diversas son irresistibles: no hay -según Park- política migratoria ni regulación de costumbres que pueda detenerla en su tendencia histórica. El impulso que resulta de su acción -a menudo desapercibida- no evita los conflictos que campean por doquier, pero a través de ellos genera formas de participación que a la larga dan lugar a nuevas acomodaciones y, eventualmente, a la asimilación (Park, 1926/1950: 149s).

Las soluciones al conflicto son siempre temporales. Son simples “acomodaciones” que fijan una determinada organización y asientan sus hábitos y actitudes correspondientes. Éstos son transmitidos a las generaciones posteriores como parte de una orden natural e inevitable; pero no lo es. Es sólo un episodio de control social que garantiza un orden social pacífico pero limitado por el estatus, como lo muestran las sociedades esclavistas o de castas. Las acomodaciones son siempre “limitaciones de los deseos individuales” (Park y Burgess, 1924/1970: 190) porque sólo afectan a la esfera de la organización social, pero no a la esfera íntima de la personalidad; por tanto, no garantizan procesos individualistas de integración que para Park constituían una de las bases de la vida social liberal y moderna, capaz de regenerarse a través de una comunicación bierta y efectiva entre los miembros de grupos heterogéneos.

Cuando el proceso de cambio social se articula desde la esfera de las relaciones personales y la unidad protagonista es el individuo es cuando podemos hablar de asimilación. Pero el curso hacia la asimilación -aunque imparable a través de la amistad, el matrimonio o los préstamos culturales y las imitaciones- es realmente complejo y diferenciado en el ritmo de su dinámica. Prueba clara de ello era para Park el propio momento que vivían los Estados Unidos tras la Guerra Civil y la abolición de la esclavitud, momento caracterizado por el desmoronamiento de viejas fórmulas de organización que hasta entonces habían apaciguado el conflicto racial.

“Asimilación” siempre ha sido un concepto difícil que el propio Park (1923/1950) se vio obligado a precisar para clarificar su perspectiva, y lo hizo recurriendo a la distinción de grupos y procesos de socialización primaria y secundaria de Charles H. Cooley. Por “asimilación” entiende Park un

proceso de disolución de signos externos que produce una homogeneidad superficial (en las modas, en los modos) perfectamente compatible con profundas diferencias de criterio y actitud. Los contextos modernos tienden de forma natural al cosmopolitismo y precisan homogeneidad para propiciar una movilidad individual y unos contactos que sin ella se verían impedidos por los tabúes y el conservadurismo de los prejuicios. Esta homogeneidad “secundaria” (superficial) es para Park una condición de aplicación del principio de *laissez-faire, laissez-aller* porque establece una solidaridad elemental que permite a los individuos de mentes diferentes coordinar su acción y dotar de carácter corporativo al grupo. Después de todo, la capacidad de movimiento independiente era para Park la base y el símbolo de toda otra forma de independencia.¹⁹

La asimilación como tendencia de la modernidad nos conduce a la perspectiva histórica de un evolucionismo cuyo fin sería la disolución de las relaciones raciales. En este plano de reflexión de Park no es original, pues recuerda enormemente a las dicotomías típicas con que Durkheim o Tönnies, por ejemplo, describían dos tipos de solidaridad y vinculación social distintas para diferenciar a las sociedades premodernas de las modernas, las basadas en los vínculos primarios de las organizadas en función de vínculos secundarios. Común a todas estas dicotomías es la idea de que los fundamentos de la vida social y de la interdependencia cambian en las modernas “sociedades cívicas” en las que (a diferencia de lo que ocurre en las “primitivas”, el parentesco es sustituido por la ciudadanía.

En el caso de Park, la tendencia mundial en la movilidad de las poblaciones y en la dinámica de los contactos interculturales podría caracterizarse por el origen y dirección de los vectores de fuerza que los describen. Así, a juicio de Park, la tendencia que hoy sería dominante tuvo su origen en el momento en que la extensión de la vida urbana supuso una transformación en la ecología de la relación entre grupos culturalmente diversos, cuya relación habría pasado de estar basada en la dinámica territorial a estar basada en nuevos procesos de dominación como la clase o la casta (1939/1950: 91). Paralelamente, el período abierto desde las últimas décadas del siglo XIX habría traído consigo una inversión de los flujos migratorios que habrían pasado de ser mayoritariamente “centrífugos” (desde

¹⁹. (1924/1970: 189). El movimiento hacia nuevos espacios y posiciones de mayores recursos y oportunidades es una tendencia general de la dinámica de los individuos y las poblaciones, es una forma de búsqueda continua de restablecimiento de los equilibrios del orden económico tan imparable e inevitable como el movimiento que lleva el agua de las montañas al mar” (1924/1950:226).

los núcleos urbanos hacia nuevas tierras a través de conquistas, invasiones o procesos de colonización) a ser mayoritariamente “centrípetos” (hacia los núcleos urbanos). Una de las diferencias fundamentales entre ambos movimientos es que las nuevas poblaciones de las comunidades metropolitanas son menos dependientes del habitat natural y más del social, lo que viene a reforzar la importancia de la sociabilidad secundaria. Esta dependencia social es la razón de que las diferencias raciales y culturales tiendan a desaparecer: “la evidencia de esto es la progresiva hibridación de pueblos que parecen producirse como consecuencia inevitable del contacto racial” (1939/1950: 85).

La pureza étnica, pues, vendría a ser consecuencia del aislamiento geográfico de las sociedades premodernas o del aislamiento moral de algunos grupos de las modernas, y no consecuencia de una supuesta lógica de la etnicidad o de la propia dinámica de la cultura. La apelación a la pureza étnica es lo que Veblen llamaría un arcaísmo, un vestigio de formas de vida cuya pervivencia no responde a la lógica del desarrollo racional de la organización social; es mero producto histórico de una conciencia racial llamada a desaparecer cuando lo hagan las condiciones sociales del conflicto que la estimulan. Park recurre a la teoría sumneriana de los “*in-groups*” para hacer del etnocentrismo como un rasgo propio de estas poblaciones que subsisten en condiciones de aislamiento y en fases premodernas de desarrollo y que, en definitiva, tienen interés en preservar las herencias sagradas del “pequeño mundo familiar” frente a la amenaza de desintegración que trae consigo el contacto con el mundo impersonal de las grandes metrópolis (1939/1950: 116).

Park creía vivir el periodo más romántico de la historia del mundo, el que más había afectado a la imaginación humana. A la luz de experiencias como el Congreso Universal de las Razas (Londres, 1911) o el Congreso Panafricano, y adelantándose a las interpretaciones de algunos teóricos del renacimiento étnico (como Nathan Glazer), Park (1926/1950) creía que a comienzos del siglo XX el mundo tendía a adquirir “conciencia de raza” porque muchos tendían a buscar en ésta el factor de unidad, seguridad e inmortalidad que durante siglos había otorgado la religión. Esta tendencia fue la que generó movimientos de fuerzas intelectuales y políticas en una disposición enfrentada de afirmación y negación que Park tendía a ver como anacrónicos desde el punto de vista de la globalización²⁰ de la vida moderna.

²⁰. El término como tal no aparece en la obra de Park, pero sí -y no pocas veces- su idea central (si es que todavía la tiene). Park veía el mundo contemporáneo como un gran “*melting pot*” en el que el aislamiento tradicional de las poblaciones tiende

Frente a las maniobras fronterizas de quienes entendían el “*melting-pot*” como la imposición larvada del imperialismo cultural y la explotación o como el caldo de cultivo de la contaminación cultural y la degeneración social, Park supo dar a la metáfora de la frontera una significación distinta, no tanto como lugar de enfrentamiento o separación, cuanto de intercambio y contacto.

Frente a quienes como W.E.B. du Bois se esforzaban en depurar el alma y el orgullo étnico de los suyos hasta predecir que el siglo XX sería el “siglo del color” porque la afirmación de las razas dominadas sería cada vez más poderosa; y frente a quienes se esforzaban en explotar índices de inteligencia o de criminalidad para mostrar la gran amenaza que para la democracia americana y occidental podía suponer la mezcla de razas, Park insistió en la necesidad de estudiar los casos de hibridación cultural. Su teoría general de la evolución de las relaciones étnicas tiene en su base la extrapolación de un conjunto de fenómenos de “cruce de fronteras” que a su juicio debían marcar la tendencia: los matrimonios interraciales, las segundas generaciones de inmigrantes, el mestizaje... fenómenos cuyo estudio exigía categorías analíticas nuevas que Park esbozó aunque de forma no sistemática (medio-castas, hombres marginales...) ²¹.

A partir de ellos Park formuló una serie de hipótesis de tendencias en las que se basa buena parte de su teoría acerca de la naturaleza de las relaciones étnicas. Partiendo del hecho de que allí donde hay fronteras hay -antes o después- matrimonios interraciales, cruzamientos y amalgama cultural, Park observó que la intensidad de ésta (y, por tanto, el nivel de transformación de las relaciones étnicas existentes) era proporcional al grado de hipergamia, es decir al deseo de incrementar el estatus del grupo a través del matrimonio. Según Park, la hipergamia sólo ha sido institucionalizada en el comportamiento matrimonial prescrito por el sistema de castas hindú, pero -referido cuando menos a las hijas- representa un principio básico del comportamiento humano que opera normalmente sin necesidad de legislación porque el ser humano es por naturaleza exógamo (aunque en

a ser superado por la multiplicación e intensificación de los contactos culturales que traen consigo las nuevas formas de transporte y de mediación informativa. Park, por ejemplo, dedicó páginas brillantes a los efectos del cine sobre el acercamiento a formas de vida otrora lejanas. Todo ello estaba comenzando a “llevar a todas las gentes de la Tierra al marco de una cultura y una vida histórica común” (1926/1950: 149).

²¹. Y lo hizo normalmente en relación con datos secundarios extraídos de contextos como Hawai, India o Brasil, respecto a los que, no obstante, reconoció la duda de si su bajo índice de conflictividad racial se debía a su elevado índice de mezcla racial o de si más bien la hipótesis correcta debía ser la contraria (1934/1950: 122).

determinadas circunstancias los grupos tiendan a ser endógamos y a producir prejuicios de casta que limiten esa tendencia natural) (1934/1950: 134s). En la medida en que la intensificación de la vida moderna y de sus formas de comunicación y movilidad se imponga sobre las prácticas accidentales de la racialización grupal y su resistencia la homogeneidad, la conducta individual que Park consideraba natural terminará imponiéndose.

Park tenía un modelo de esa conducta individual que consideraba característicamente moderna (1928/1950): el modelo del “hombre marginal”, del hombre de sangre mixta que es extraño en las dos culturas a las que pertenecen sus progenitores y que encarna en toda su crudeza la esencia del ciudadano cosmopolita²². De su atento análisis pueden extraerse - según Park- las mejores enseñanzas sobre el sentido y las dificultades del progreso porque las migraciones, particularmente las experiencias de extrañeza y los esfuerzos de adaptación que las acompañan, son fuentes de innovación y renovación del orden social. Son la mejor muestra de lo que Summer llamaba “el fermento social”.

Para Park, en definitiva, el mundo moderno está destinado a hacer converger la diversidad humana en una cultura y un orden social común: “Todos los problemas que llamamos raciales surgen de situaciones en las que no se producen asimilación y amalgama, o se producen muy lentamente” (1928/1950: 353). Ello no ha de significar (o no necesariamente), que con la asimilación desaparezca toda diversidad y, por ende, todo conflicto; pero sí significa su disolución sobre otras líneas distintas a las de la demarcación étnica o racial: “en el mundo moderno -que es ya o pronto será una gran sociedad- los conflictos raciales del futuro se confundirán cada vez más con los conflictos de clase, y eventualmente serán superados por ellos “ (1939/1950: 116). En cualquier caso, la esperanza de esa nueva civilización mundial radicaba para Park en la labor de intermediación, interpretación y redefinición de quienes -como los judíos, el ejemplo clásico- cruzan fronteras y han aprendido a vivir entre dos culturas divergentes son inevitablemente los lugares de mayor fermento y fusión cultural (1934/1950: 136)²³. Así como

²². Park construye este tipo ideal sobre la figura del extrajero de Simmel, cuya referencia básica es la experiencia del judío europeo como “caminante” liberado de las limitaciones del espacio.

²³. Park toma la base empírica para esta afirmación de estudios histórico-antropológicos de la segunda década del siglo como los de Griffith Taylor, Frederick Teggart o Franz Oppenheimer. Todos ellos desarrollan la idea central de que los grandes estados, los grandes momentos y las grandes figuras de la historia han crecido sobre situaciones de contacto entre culturas distintas. De ellos extrae Park

las diferencias raciales son productos de aislamiento geográfico y moral, la civilización es producto del contacto y la comunicación. Por eso Park creía que a largo plazo sería difícil, si no imposible, mantener las fronteras raciales. Las relaciones raciales son una reliquia del pasado porque “las razas y las culturas mueren, pero la civilización sobrevive” (1926/1950: 151).

(1928/1950: 346s) la enseñanza de que las fuerzas decisivas en la historia de la humanidad son las que han hecho confluír en una fructífera competición y una posterior cooperación a los seres humanos. Por eso las migraciones, medio fundamental de estas fuerzas, son un agente de progreso.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BANTON, M. (1987), *Racial theories*, Cambridge: Cambridge University Press.
- BARTH, F. (1969/1976), *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BLUMER, H. (1958), "Race prejudice as a sense of group position", *Pacific Sociological Review*, 1: 3-7 (versión cast. en Terrén, E. (ed.), *Razas en conflicto: perspectivas sociológicas*, Barcelona: Anthropos, en prensa).
- BLUMER, H. y DUSTER, T. (1980) "Theories of race and social action" en AAVV, *Sociological theories: race and colonialism*, Paris: ediciones de la UNESCO.
- BULMER, M (1984), *The Chicago School of sociology. Institutionalization, diversity and the rise of sociological research*, Chicago: The University of Chicago Press.
- GOULD, S.J. (1987), *La falsa medida del hombre*, Barcelona: Orbis, 2ª ed.
- GRAFMEYER, Y. y JOSEPH, I. (1984), *L'Ecole de Chicago. naissance de l'écologie urbaine*, París: Aubier.
- HALBWACHS, M. (1932/1984), "Chicago, expérience ethnique" en Grafmeyer y Joseph (1984: 283-322).
- HERMAN, A. (1998), *La idea de decadencia en la historia occidental*, Barcelona: Editorial Andrés Bello.
- HUGHES, E.C. y MacGill Huges, H. (1952/1981), *Where people meet. Racial and ethnic frontiers*, Westport (Conn.): Greenwood Press.
- JENKINS, R. (1986), "Social anthropological models of inter-ethnic relations" en Rex y Mason (1986: 170-186).
- JENKINS, R. (1997), *Rethinking ethnicity*; Londres: Sage.
- JOAS, H. (1998), "De la filosofía del pragmatismo a una tradición de investigación sociológica" en idem., *El pragmatismo y la teoría de la sociedad*, Madrid: CIS: 19-60.
- JONES, R.S. (1971), "Black sociologists, 1890-1917", *Black Academy Review*, 2, invierno: 43-67.
- LAKATOS, I. (1983), *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid, Alianza.
- LAL, B.B. (1994), "The 'Chicago School' or American sociology, symbolic interactionism and race relations theory" en Rex, J. y Mason, D. (1994: 280-289)

- MONTAGU, A. (1997), *Man's most dangerous myth: the fallacy of race*, Londres: Sage, Altamira, 6ª ed.
- PARK, R. E. (1916/1967), *The city*, Chicago: The University of Chicago Press.
- PARK, R. E. (1926/1950), "Our racial frontier on the Pacific" en Park (1950: 138-151).
- PARK, R. E. (1928/1950), "Human migration and the marginal man" en Park (1950: 345-356).
- PARK, R. E. (1934/1950), "Race relations and certain frontiers" en Park (1950: 117-137).
- PARK, R. E. (1939/1950), "The nature of race relations", en Park (1950: 81-119) (versión cast. parcial en Terrén, E. (ed.), *Razas en conflicto: perspectivas sociológicas*, Barcelona: Anthropos (en prensa)
- PARK, R. E. (1950), *Race and culture. Essays in the sociology of contemporary man*, ed. de E.C. Hughes, Nueva York: The Free Press.
- PARK, R. E. y BURGESS, E.W. (1924/1970), *Introduction to the science of sociology*, Chicago: University of Chicago Press.
- PHILPOT, T. (1978), *The slum and the ghetto*, Chicago: The University of Chicago Press.
- RAUSCHENBUSH, W. (1979), *Robert E. Park: biography of a sociologist*, Durham, N.C.: Duke University Press.
- REX, J. y MASON, D. (1994), *Theories of race and ethnic relations*, Cambridge: Cambridge University Press, reimpr.
- RUKER, D. (1969), *The Chicago pragmatists*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- SÁNCHEZ DE LA YNCERA, I. (1994), *La mirada reflexiva de G. H. Mead*, Madrid: CIS.
- SÁNCHEZ DE LA YNCERA, I. y LÓPEZ-ESCOBAR, E., (1996), "Los barruntos de Park. Antes de Chicago" en REIS 74: 345-359.
- SHONE, R. (1983), "The Chicago School of sociology, 1918-1933", *Urban Life*, 11, enero.
- TUTTLE, W. M. (1970), *Race riot: Chicago in the Red Summer of 1919*, Nueva York: Atheneum.
- TYRAKYAN, E. A. (1979), "The significance of schools in the development of sociology", en Snizek, W. E.; Fuhman, E. R. y Killer, M. K. (eds.),

Contemporary issues in theory and research: a metasociological perspective,
Westport (Conn.): Greenwood Press.

WALMANN, S. (1979), *Ethnicity at work*, Londres: MacMillan.

WEBER, Marianne (1995), *Max Weber: una biografia*, Valencia: Edicions
Alfons El Magnànim.